CAPÍTULO IX.

La caza del jabalí.

> Quiero tratar con muchachos atolondrados y hombres estúpidos de corazón de bronce. No me convienen aquellas personas que con escrutadora mirada penetran en mi pensamiento.
>
> SHAKSPEARE.—*Ricardo III.*

Sin embargo de cuanta experiencia podía tener el cardenal del carácter de su amo, cometió en esta ocasión una imprudencia política. Indújole su vanidad á creer que desempeñara mejor su comisión, persuadiendo al conde de Crève-Cœur á quedarse en Tours, de lo que hubiera hecho probablemente cualquier otro negociador de que se valiera el rey; y como no ignoraba la importancia que daba Luís á cuanto contribuyera á alejar un rompimiento con el duque de Borgoña, quiso significarle que estaba en la inteligencia de haberle prestado un importante servicio que debía serle sumamente agradable. Colocóse, pues, más inmediato á la persona del rey de lo que acostumbraba, y procuró entablar conversación con él sobre los acontecimientos de aquella mañana.

Esto era obrar inconsideradamente por muchas razones, pues no les gusta por lo común á los monarcas que se les acerquen sus vasallos como para hacer valer los servicios que creen haberles prestado; y Luís, el monarca más celoso de su autoridad de cuantos han existido, mostrábase especialmente inaccesible y reservado para los que intentaban valerse de un servicio ó penetrar sus ocultos pensamientos.

El cardenal, sin embargo, muy satisfecho de sí mismo y

abandonándose á la alegría del momento, como suele suceder algunas veces al hombre de más prudencia, continuaba cabalgando á la derecha del rey, y hacía recaer la conversación siempre que podía sobre Crève-Cœur y su embajada. Acaso era este el objeto que ocupaba más en aquel instante el entendimiento del rey, y acaso por esto mismo era el de que menos le gustaba que le hablasen. Luís, por último, que le escuchaba atentamente aunque sin darle respuesta que pareciese dirigida á prolongar la conversación, hizo seña á Dunois, quien se hallaba á poca distancia, para que viniese á colocarse á su izquierda.

—Salimos para hacer ejercicio y divertirnos—le dijo—pero este reverendo padre quisiera que celebrásemos un consejo de Estado.

—Espero que Vuestra Alteza me dispensará de tomar parte en él—respondió Dunois:—yo nací para pelear por la Francia; mi corazón y mi brazo están consagrados á su servicio; pero mi cabeza no es muy á propósito para los consejos.

—Pues la del cardenal sólo es buena para esto, Dunois—replicó el rey.—Acaba de confesar á Crève-Cœur á la puerta del castillo, y nos ha referido toda su confesión. ¿No me lo habéis dicho todo, todo, todo?—añadió cargando el acento sobre estas últimas palabras, y dirigiendo al cardenal una mirada penetrante, que se escapó de sus largas cejas negras como brilla la hoja de un puñal al sacarle de la vaina.

Tembló el cardenal, esforzándose para responder á la pulla del rey, y díjole que «aun cuando su ministerio le imponía la obligación de guardar los secretos de sus penitentes en general, no había *sigillum confessionis* que no quedase derretido al soplo de Su Majestad.»

—Y como Su Eminencia—continuó el rey—está dispuesto á comunicarnos los secretos de los demás, cree como es natural, que no seré yo menos franco con él; y para entablar entre nosotros esta especie de correspondencia, desea saber muy discretamente si esas dos señoras de Croye se hallan en efecto en mis dominios. Siento mucho no poder satisfacer su curiosidad, ignorando como yo mismo ignoro en qué parte de nuestros estados pueden haberse ocultado unas doncellas errantes, unas disfrazadas princesas, ó unas condesas perseguidas; pues gracias á Dios y á Nuestra Señora de Embrun,

tienen alguna mayor extensión de la necesaria para poder contestar con acierto á las muy discretas preguntas de Su Eminencia. Pero, suponiendo que se hallasen en mi castillo, Dunois, ¿qué responderías á la perentoria demanda de nuestro primo de Borgoña?

—Pronto habré contestado, si Vuestra Alteza se digna decirme si prefiere la paz ó la guerra—respondió Dunois con una franqueza hija de su carácter naturalmente abierto é intrépido, con el que á veces divertíase en extremo Luis, quien, como todo hombre sagaz, deseaba tanto penetrar en el corazón de los demás, como ocultar lo que en el suyo sentía.

—Por San Martín de Tours, Dunois—dijo Luís—tendría yo tanto gusto en poder decírtelo, como tú en saberlo; pero yo mismo lo ignoro. Por otra parte, suponiendo que me decidiese por la guerra, ¿qué haríamos de esa hermosa, rica y joven heredera, si con efecto se hallase en mis estados?

—Podría Vuestra Alteza casarla con alguno de sus leales servidores, que tuviese á un mismo tiempo un corazón para amarla y un brazo para defenderla.

—¿Verbigracia, tú?.... Por vida de..... No te creía yo tan político siendo tan franco.

—Nada entiendo en política, señor; pero, por Nuestra Señora de Orleans, jamás gasto cumplimientos, y monto á caballo así que lo tengo ensillado. Por lo menos, Vuestra Majestad debe á la casa de Orleans un matrimonio ventajoso.

—Sin duda, y pronto estoy á cumplir con la deuda... Sí, vive Dios, la pagaré. ¿No ves esa linda pareja?

Al decir esto señaló al desgraciado duque de Orleans y la princesa Juana, que, sin atreverse á quedar á mayor distancia del rey ni á separarse en su presencia, guardaban la misma línea, sin embargo de estar sus caballos apartados dos ó tres pasos el uno del otro, separación que la cortedad por una parte y la aversión por otra no podían disminuir, al paso que el temor les impedía aumentarla.

Dunois volvió los ojos hacia donde señalaba el brazo del rey; y como la situación de su infeliz pariente y de su futura esposa ofrecíale la idea de dos perros que enlazados forzosamente uno á otro, andan no obstante tan apartados cuanto lo permite la traílla que los sujeta, no pudo menos de menear

la cabeza, no atreviéndose á contestar de otro modo al hipócrita tirano.

Dió muestras Luís de haber penetrado su pensamiento.

—Serán el matrimonio más feliz—dijo—vivirán tranquilamente y no creo que los hijos les incomoden mucho (1); pero el tenerlos, no siempre puede contarse como una dicha.

Tal vez el recuerdo de su ingratitud hacia su padre contribuyó á que el rey no pasase de estas últimas palabras, dando á la irónica sonrisa que asomaba á sus labios una expresión severa que casi tenía apariencia de arrepentimiento; pero poco después siguió la conversación por diferente éstilo.

—Hablando en plata, mi querido Dunois, á pesar de cuanto venero el santo sacramento del matrimonio (y al decir estas palabras el rey se santiguó), preferiría que la casa de Orleans me diese valientes soldados como tú y tu padre, por cuyas venas corre la sangre real de Francia, sin que reclaméis derecho alguno, antes de ver, como en Inglaterra, despedazada la nación por guerras intestinas, á que ha dado margen la rivalidad de legítimos aspirantes á la corona. El león nunca debiera tener más que un cachorro.

Dunois suspiró y no abrió los labios porque sabía que el contradecir á su arbitrario soberano, lejos de favorecer á su pariente, iba por el contrario á perjudicarle. Sin embargo, no pudo menos de responder después de un corto intervalo de silencio:

—Ya que Vuestra Majestad tiene á bien citar el nacimiento de mi padre, ello es fuerza confesar que, dejando aparte la fragilidad de los que le dieron el sér, pudo considerársele más feliz y más afortunado en deber su existencia al amor ilegítimo que al odio conyugal.

—Eres muy bellaco y atrevido, Dunois—dijo el rey en tono de chanza—al hablar con tanta irreverencia del sagrado nudo del matrimonio. Pero dejemos esta conversación, que el jabalí está ya desalojado. Soltad los perros, y favorézcanos el glorioso san Huberto. ¡Halalí, halalí!...

El eco de los bosques repitió los alegres sonidos de la corneta del rey, en tanto que éste seguía ya la caza acompañado de

(1) Véase la nota G. *El matrimonio más feliz*, etc., etc.

dos ó tres de sus guardias, en cuyo número se contaba nuestro amigo Quintín Durward. Y conviene observar aquí que aun cuando el rey se entregaba con ardor á su diversión favorita, no pudiendo contener su acre y maligno carácter, halló medio de recrearse incomodando al cardenal de La Balue.

Una de las debilidades de aquel hábil diplomático, según ya notamos en otra ocasión, era la de considerarse el hombre más á propósito para representar el papel de consumado cortesano y finísimo galán, á pesar de la oscuridad de su nacimiento y de su falta de educación. Á la verdad no entraba en las lides caballerescas como Becket, ni reclutaba soldados como Wolsey; pero era la galantería, en que también aquellos se distinguieron, su favorito recreo, y aparentaba manifestar asimismo una afición extraordinaria al marcial ejercicio de la caza. Sin embargo, aunque hubiese deslumbrado á ciertas personas que consideraban su poder, su riqueza y su influencia de hombre de estado como suficiente peso para contrabalancear lo que le faltaba de fino y de bizarro, los magníficos caballos que compraba á cualquier precio, como que carecían de aquella clase de consideraciones, manifestábanse del todo indiferentes al honor de ser montados por tan alto personaje, y no le trataban con mayor respeto del que hubieran tributado en otro tiempo á su padre el carretero, molinero ó sastre, de quien era digno rival en el arte de la equitación. Constábale muy bien al rey, y divirtiéndose, ya en espolear á su caballo, ya en pararle de repente, logró por medio de esta maniobra, muchas veces repetida, poner al caballo del cardenal, á quien no permitía apartarse de su lado, en tal estado de rebelión contra su jinete, que fácil fué presumir no tardarían en separarse. Mientras el corcel del prelado relinchaba, coceaba y se encabritaba, Luís, que se complacía en apurar al poco diestro jinete, hacíale varias preguntas sobre negocios importantes, dándole á entender que iba á aprovechar esta ocasión para confiarle algunos de los secretos de estado que pocos momentos antes el cardenal andaba tan solícito en indagar (1).

No es fácil formar idea de situación más apurada que

(1) Véase la nota H. *El cardenal La Balue.*

la de un consejero privado que se veía en la precisión de escuchar y responder á su soberano, en tanto que cada corveta de su impetuoso caballo obligábale á mudar de actitud y le ponía en un estado más precario. Su ropaje de púrpura flotaba en todas direcciones, y lo único que podía preservarle de una pronta y peligrosa caída era la profundidad de su silla, sobradamente alta por delante y por detrás. Dunois moríase de risa sin poder reprimirse; y el rey, que tenía un modo particular de gozarse interiormente con el buen resultado de sus malignas tretas, sin que la risa se manifestase en su semblante, reprendía á su ministro con la mayor seriedad y tono de amistosa dulzura su excesivo ardor para la caza, que no le permitía conceder algunos momentos á los negocios del Estado.

—Pero no quiero por más tiempo servir de obstáculo á vuestros placeres—añadió dirigiéndose al cardenal que se hallaba entonces en los mayores apuros.

Y dando las riendas á su caballo, se adelantó.

Antes de que La Balue pudiese decir una palabra para responder ó excusarse, su caballo, mordiendo el freno, partió á todo escape, y bien pronto dejó atrás el rey y á Dunois, que le siguieron con paso moderado, para disfrutar mejor del apuro del prelado cortesano.

Si acaso les sucedió alguna vez á nuestros lectores, como á nosotros mismos, desboçárseles el caballo, no podrán menos de hacerse cargo desde luégo de lo apurado, peligroso y ridículo de la situación de nuestro estadista. Aquellas manos y piernas del cuadrúpedo que no se hallan ya subordinadas al jinete, ni aun algunas veces al mismo animal á quien más propiamente pertenecen, y corren con tanta rapidez como si las últimas quisiesen alcanzar á las primeras; las dos piernas pendientes del caballero, que apoyaríamos gustosos en el verde césped y que aumentan el peligro con apretar los ijares del corcel; las manos que han abandonado las riendas para asirse de la crín; el cuerpo que en lugar de mantenerse firme y derecho en el centro de gravedad, como encargaba el viejo Angelo, ó inclinado hacia delante, como el de un jockey en Newmarket, vese tendido sobre el cuello del caballo; sin mas medio de evitar una caída de los que tendría un costal de trigo; todo contribuye á hacer divertido el cuadro para los espectadores, por mas que no tenga quien le ofrezca malditas

las ganas de reir. Pero añadid á este espectáculo algún requisito particular del traje ó facha del mal aventurado caballero; un uniforme magnífico, por ejemplo, un hábito religioso, un traje extraordinario; también el lugar de la escena, ya sea una carrera de caballos, una revista, una procesión, ú otro lugar de reunión pública: si la desgraciada víctima quiere dejar de ser el objeto de la burla general y de inextinguible risa, no tiene mas remedio que romperse uno ó dos miembros al caer; si desea mas eficaz medida haga por procurarse muerte repentina, pues es imposible lograr sin esto una verdadera compasión. En nuestro caso, el vestido corto del cardenal, pues dejara La Balue su ropón en el castillo, sus medias coloradas, su capelo del mismo color, adornado con largos cordones, y su aire de turbación, daban mayor pábulo á la chacota con que se celebraba su torpeza.

El caballo, entregado á sí mismo, galopando, ó volando, por mejor decir, por una avenida tapizada de verde da con los que estaban persiguiendo al jabalí, derriba uno ó dos cazadores que poco se aguardaban á ser atacados por retaguardia, pisa y atropella muchos perros, y siembra la confusión en toda la cuadrilla: excitado todavía más por los gritos y amenazas de los cazadores, arrastra al asustado cardenal mas allá del lugar por donde corría el formidable animal, furioso y con todos los colmillos cubiertos de espuma.

Viéndose La Balue tan inmediato al jabalí, dió un tremendo grito para pedir socorro. Este grito ó acaso la presencia de la terrible fiera, produjo tal efecto en el desbocado corcel, que interrumpió su carrera y dió de sopetón tal brinco de lado, que el cardenal, quien se sostuviera hasta entonces por haber seguido en línea recta, cayó como un plomo en tierra. Este final de la caza de La Balue verificóse tan cerca del jabalí, que á no verse el animal tan ocupado en sus propios peligros pudiera haber sido tan fatal al prelado esta proximidad, como lo fué, según se cuenta, un acontecimiento semejante á Favila, rey de los visigodos, en España. Salió no obstante bien librado, sin mas detrimento que el de un grande ataque de miedo; y alejandose á gatas con tanta ligereza como pudo del lugar por donde tenían que pasar los perros y cazadores, vió desfilar toda la comitiva sin que nadie se tomase la pena de ofrecerle su socorro, pues los cazadores de aquella época no

tenían por accidentes de esta naturaleza mejores entrañas que los del día.

El rey dijo al pasar á Dunois:

—Allí está el cardenal en posición bien humilde.....no es gran cazador, que digamos; pero á la verdad que como pescador y más si se trata de pescar un secreto, puede tenérselas tiesas al mismo San Pedro. Sin embargo, ha tenido que habérselas esta vez con quien no le cede en nada.

No pudieron llegar estas palabras á los oídos del cardenal, pero bien pudo adivinar su sentido por la mirada desdeñosa con que fueron acompañadas. Suele decirse que escoge el diablo para tentarnos ocasiones semejantes á las que ofreció al cardenal La Balue el amargo resentimiento que se apoderó de él al ver el ademán despreciativo de Luís. Disipóse su pavor momentáneo en cuanto se aseguró de que su caída no le había lastimado; pero su vanidad humillada y el rencor que sintió contra su soberano, ejercieron en él una influencia de más larga duración.

No bien acabó de pasar la comitiva de la caza, un caballero que más parecía espectador de la diversión que partícipe de ella, adelantóse con uno ó dos de los que le acompañaban, y manifestó la mayor sorpresa de hallar al cardenal á pié, solo, sin caballo, y en un estado que no dejaba duda sobre el accidente que tan mal le había parado. Apearse, ofrecerle todos los auxilios que estaban en su mano, mandar que diesen al cardenal un palafrén muy manso, que montaba uno de los suyos, expresar su admiración de que los usos de la corte de Francia permitiesen abandonar á los peligros de la caza y desamparar en un caso de necesidad al más distinguido de sus hombres de Estado, tales fueron los naturales rasgos de humanidad y cortesía que tan extraordinario encuentro ofreció desplegar al conde Crève-Cœur, pues era cabalmente el embajador borgoñón quien acudió al socorro del cardenal desmontado.

No podía ser más propicio el momento, ni las disposiciones podían estar más á punto para hacer sobre la fidelidad de La Balue alguna de aquellas tentativas, á que, es bien sabido, tuvo la criminal debilidad de no saber resistir. Ya por la mañana, como no se había escapado á la suspicacia de Luís, mediaron entre los dos ciertas pláticas, que el cardenal no se

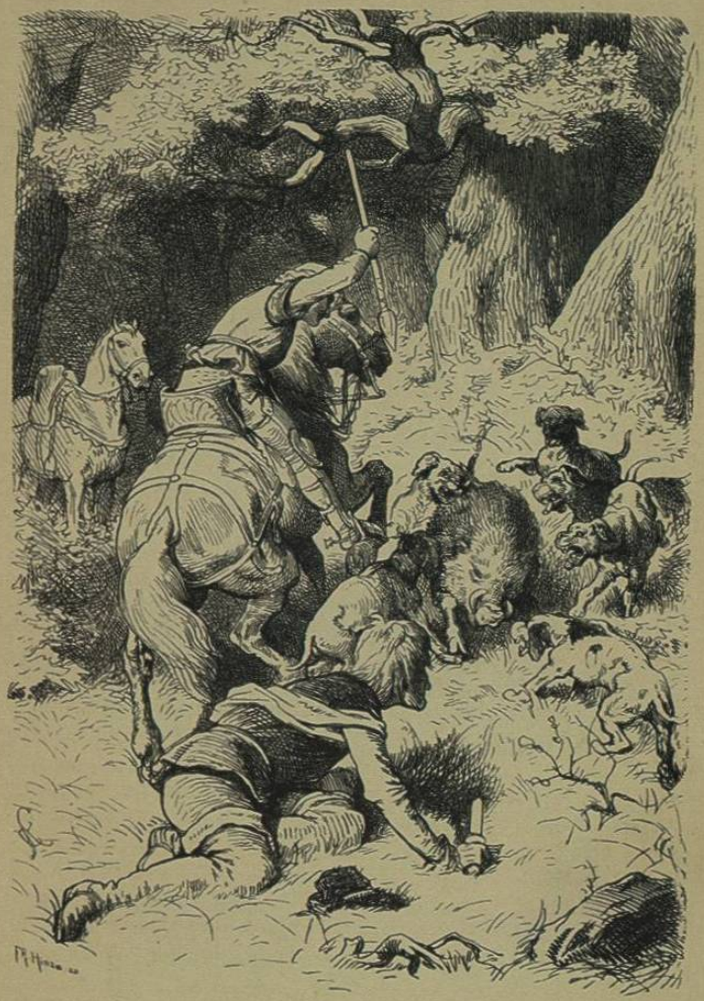
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

atrevió á referir á su amo; pero aun cuando hubiese oído con satisfacción, la seguridad que le dió el conde del alto aprecio que merecieran al duque de Borgoña su persona y relevantes prendas, y no le fuese fácil resistir á un impulso de tentación oyendo hablar á Crève-Cœur de la munificencia de su señor y pingües beneficios que tenía á su disposición en Flandes; sin embargo, sólo después de exasperado por los acontecimientos que acabamos de referir, y de haber visto tan cruelmente herida su vanidad, resolvióse en momento fatal á dar al rey Luís XI una prueba de que ningún enemigo puede ser tan peligroso como el amigo y confidente ofendido.

En esta ocasión, dióse prisa en persuadir á Crève-Cœur que se alejase para no dar lugar á que les viesen juntos; pero le dió una cita para la tarde en la abadía de San Martín de Tours después de vísperas, con un tono que aseguró al borgoñón que su amo acababa de obtener una ventaja que acaso no se hubiera atrevido á prometerse, excepto en un instante como aquel de exasperación.

Mientras esto pasaba, Luís, que á pesar de ser el príncipe más político de su siglo, había en esta ocasión, como en otras, permitido á sus pasiones entremeterse en su prudencia, seguía con ardor la caza del jabalí, que se hallaba entonces en su punto más interesante. Sucedió que un jabato de dos años atravesó la línea del animal acosado; los perros, engañados siguieron esta nueva dirección, y sólo dos ó tres perros viejos de gran experiencia no dejaron la buena pista: la mayor parte de los cazadores, por fin, se habían igualmente desviado. Vió el rey con oculta satisfacción que se equivocaba Dunois lo propio que los demás, y gozó de antemano el placer de llevar ventaja á un caballero consumado en el arte de la montería, lo que casi se consideraba entonces por tan glorioso como serlo en la profesión de las armas. Luís iba bien montado y seguía muy de cerca los perros que no abandonaron el primer camino; de suerte que, cuando el jabalí, al llegar á un terreno pantanoso, se volvió para oponer la última resistencia á sus enemigos, encontróse el rey solo é inmediato al furioso animal.

Mostró Luís en esta ocasión todo el ardimiento y habilidad de un cazador consumado, pues despreciando el peligro, acometió al jabalí, que se defendía de los perros echando es-



Con su venablo atravesó al jabalí de parte á parte.

pumarajos de rabia, é hirióle con su venablo. Pero como su caballo, si se acercó á la fiera fué contra su voluntad y coceando, no pudo asegurar bien el golpe para matarle ó dejarle fuera de combate. Todos los esfuerzos fueron vanos para determinar al corcel á un segundo ataque, de modo que el rey tomó el partido de echar pié á tierra y acometer solo al jabalí, esgrimiendo una de aquellas espadas cortas, rectas, agudas y afiladas de que se valen los cazadores en semejantes casos. El animal, embravecido, se olvidó de los perros para precipitarse sobre el nuevo enemigo que se le presentaba, en tanto que el rey, aguardándole á pié firme, preparó su espada para clavársela en la garganta, ó más bien en el pecho debajo de la espaldilla, en cuyo caso el mismo peso é impetuosidad del animal feroz hubieran seguramente acelerado su destrucción. Desgraciadamente la humedad del suelo hizo resbalar el pié del monarca en el momento preciso que iba á ejecutar esta delicada y peligrosa suerte; la punta del chuzo, dando en la coraza de pelos erizados que cubrian la espalda del animal, escurrióse sin herirle, y Luís dió con su cuerpo en tierra. Esta caída fué, sin embargo, feliz para el monarca, pues á causa de ella el jabalí, que había dirigido el hocicazo contra su muslo, erró también el golpe, y sólo le desgarró un faldón de su vestido de caza. La impetuosidad del ataque llevóle algunos pasos más allá, pero no tardó en volverse para embestir de nuevo al rey mientras se levantaba. Hallábase en esto la vida de Luís en el mayor peligro, cuando Q intín Durward, que á causa de la lentitud de su caballo quedárase atrás, pero que afortunadamente había reconocido y seguido la bocina del rey, llegó en tan crítico momento, y con un golpe de venablo atravesó al animal.

El rey, que entretanto se había levantado, corrió á su vez á auxiliar á Durward, y acabó de matar al jabalí, clavándole su espada en la garganta. Antes de hablar una palabra á Quintín midió la longitud del animal, calculando por los pasos los piés que contaba; limpióse el sudor de su frente y la sangre de sus manos, quitóse su sombrero de caza, colocóle en una zarza y dirigió una devota oración á los santitos de plomo que lo cubrian.

—¿Eres tú, querido joven escocés?—dijo, fijando al fin una mirada en Durward.—Vaya que has empleado bien tus

ejercicios, y el tío Pedro te debe otro excelente almuerzo como el que te dió en la *Flor de lís*. ¡Y bien! ¿Por qué no hablas? ¿Has perdido en la corte todo tu ardor y deseos de distinguirte? Pues á los demás les sucede todo lo contrario.

Quintín, joven mañoso y fino, como pudiera serlo el más avisado y precavido de Escocia, había concebido más bien temor que confianza hacia su peligroso señor, y tenía demasiada prudencia para aprovecharse del arriesgado permiso de familiaridad que parecía concedérsele. Respondió en pocas pero escogidas expresiones, que si le era lícito dirigir la palabra á Su Majestad, sería únicamente para suplicarle se dignase perdonar la rústica osadía con que se condujo cuando no conocía el alto y sagrado carácter de su real persona.

—¡Bien, bien!—dijo el rey—perdono tu osadía en favor de tu viveza y habilidad. Ya me sorprendió el tino con que adivinaste la profesión de mi compadre Tristán. Desde entonces, según me han informado, te faltó muy poco para que te sirviese un plato de su cocina. Te aconsejo que andes con él con cuidado, porque es un mercader que trafica en brazaletes algo duros y en collares harto apretados. Ayúdame á montar á caballo. Me places y quiero protegerte: con nadie cuentes sino conmigo; ni siquiera con tu tío ni con lord Crawford. No hables á nadie del oportuno servicio que me has prestado en mi lucha con el jabalí; pues quien se alaba de haber socorrido á su rey en caso tan urgente, el placer de decirlo debe bastarle por recompensa.

El rey tocó entonces la corneta, y á su són se le reunieron inmediatamente Dunois y otros muchos cazadores que le dieron el parabién por la muerte del jabalí. Apropiábase el monarca sin escrúpulo en esta ocasión mucha mayor gloria de la que realmente le correspondía, pues habló de la cooperación del joven Durward tan superficialmente, como suele hablar un cazador de elevada categoría que se alaba del número de piezas que trae en su zurrón, sin mencionar al mozo que le ayudara á matarlas. Mandó en seguida á Dunois que enviara el jabalí á los monjes de San Martín de Tours, para que se regalasen con él los domingos, y se acordasen del rey en sus oraciones.

—¿Y qué se ha hecho su eminencia el señor cardenal?—preguntó Luís.—Paréceme que es falta de atención y poco miramiento por la santa Iglesia abandonarle sin caballo en medio del bosque.

—Si Vuestra Majestad me lo permite—dijo Durward viendo que todos guardaban silencio—diré que he visto á Su Eminencia salir del bosque montado en un caballo que le dieron.

—El cielo cuida siempre de los que le pertenecen—dijo el rey.—Vamos, señores, partamos hacia el Castillo; por hoy está concluída la cacería. Señor escudero—añadió dirigiéndose á Durward—id por mi cuchillo de monte, que se me cayó junto al jabalí. Pasa adelante, Dunois; pronto te alcanzaré.

Luís, cuyos movimientos más insignificantes en apariencia estaban casi siempre calculados como estratagemas ó ardides de guerra, procuróse de este modo la ocasión de hablar á solas con Durward.

—Valiente escocés—le dijo—tú tienes penetración, según comprendo. ¿Puedes informarme de la persona que ha dado un caballo al cardenal? Algún extranjero sin duda; pues mis cortesanos habiéndome visto pasar por delante de él sin detenerme, no se habrán seguramente dado prisa en prestarle este favor.

—No he podido ver mas que un solo instante á los que han auxiliado al cardenal, señor—respondió Quintín:—únicamente me fué dable fijar en ellos una mirada fugaz, pues tuve la desgracia de caer del caballo y estaba corriendo á todo escape para ocupar mi puesto; pero presumo que sería el embajador de Borgoña y su comitiva.

—Ah! ¡con que el borgoñón!—exclamó el rey.—Ahora bien... la Francia se halla en estado de obrar por su parte.

No se pasó después cosa particular, y el rey entró en el castillo con su acompañamiento.